

particular respecto del momento presente.

Imitar, del latín *imitari*, copiar. — Lo que limita una cosa lo imita en otro sentido; porque al negarla de un modo, la afirma de otro modo.

Así el pensamiento imita la realidad y la realidad el pensamiento, siendo estas dos imitaciones tanto más meritorias, cuanto mayores son la divergencia inicial, y la convergencia obtenida, entre ambos factores.

Cuanto más disten entre sí los bienes ideal y real que se imitan mutuamente y cuanto más se aproximen al imitarse, mayor será el bien que resulte por uno ó por otro lado.

Lo ideal más perfecto reproducido en el sér más imperfecto es el mayor bien para el sér imperfecto; y el sér más perfecto, reproducido en lo ideal puro ó indefinido, es el mayor bien para la generalidad (ley moral).

Impar, no par. — Número que representa la unidad, ya por sí sola, ya como límite de cualquier pluralidad.

El número impar se ha considerado como representante de lo definido enfrente del par representante de lo indefinido, pero, aunque tal representación sea legítima hasta cierto punto, no lo es bajo cualquier concepto.

Lo definido, *solo*, es efectivamente impar, absoluto, positivo; pero lo indefinido, *solo*, se concibe también como impar, absoluto negativo.

Sólo cuando están enfrente el par de absolutos positivo y negativo, pueden limitarlos á su vez un nuevo impar positivo, que evocará necesariamente otro nuevo impar negativo, regenerando el par... y así sucesivamente.

Par positivo *sí* y *no: sí*. Par negativo *sí* y *no: no*.

Traducido el sí como objeto y el no

como sujeto: al hacerse el sujeto objeto resulta *autonomía*; y al hacerse el objeto sujeto resulta *heteronomía*.

Imparcial, del latín *impar*. — Juicio impar, que limitando parcialidades, se propone construir la verdad dentro de los límites que asigna.

La imparcialidad es un buen propósito, pero difícil de llevar á cabo; porque quien ha de realizarla es también parte, obligada á someterse á ulterior imparcialidad.

Ya que no puede conseguirse la imparcialidad absoluta, podemos vivir al menos con imparcialidades relativas.

Impedir, del latín *in*, no, y *pes*, *pedis*, pie. — Negar ó resistir el ejercicio de alguna cosa. Así se detienen ó cohiben procedimientos de todo género, tanto físicos como morales ó intelectuales.

Impenetrabilidad, *in* pene-trabilidad. — Los cuerpos son impenetrables, en el sentido de que no pueden perder el carácter positivo sin dejar de ser cuerpos. O no se concibe un cuerpo, ó se concibe simultáneamente la necesidad que tiene de seguir siendo cuerpo en general, por más que varíe en particular.

Por lo tanto no concibe el hombre la anulación absoluta de un cuerpo determinado, por pequeño que sea.

Penetrar, no entre dos cuerpos, sino en el cuerpo mismo valdría tanto como anularle, y sería contradictorio con el concepto de cuerpo.

Imperativo, de imperar. — El modo imperativo del verbo es el modo de *la voluntad*; del libre ejercicio de legislar que representa al hombre dentro del *Cosmos*, escenario majestuoso donde actúa el pensamiento como protagonista de la *divina comedia*.

El imperativo categórico ha de entenderse en sentido más amplio que el que le dió Kant. Vale tanto como decir categoría de las categorías, autogenia, función autogénica, acto humano, voluntad automotriz. Todas son funciones en que figura el coeficiente indefinido, bajo la forma más elemental posible y más desnuda de la intervención de cualquier otro elemento.

Cuando dice el pensamiento *yo lo mando*, es como si dijera *consummatum est*; la sentencia está dictada, y si caben apelaciones, no hay al menos fuerza humana que borre el hecho de haber sido dictada, mediante el ejercicio de una suprema dictadura.

Los instantes pasan rapidísimamente; pero en cada uno de ellos, y en todos juntos, manda el pensamiento lo que quiere, ya impulsando, ya refrenando, ya consintiendo, ya resistiendo las corrientes de ideas y de cosas, que siente agolparse dentro y fuera de sus entrañas.

Ejercitará este alto cargo con más ó menos conciencia de sí propio, con mayor ó menor eficacia ó tibieza; pero no dejará de ejercitarle mientras el sér humano no degenerare en animal.

Imperiencia. — Neologismo que pudiera convenir para designar la *práctica del pensamiento* dentro de sus propios límites, como la *experiencia* es la práctica del pensamiento fuera de sí propio.

La imperiencia y la experiencia implican todos los problemas del estado viviente y de su correlativo no viviente.

Los *teoremas* correlativos con estos *problemas*, son los que se han llamado teorías y sistemas filosóficos.

El sentimiento es el que revela los

axiomas, y la *reflexión* los postulados de la vida.

Para *saber* así teórica como prácticamente, hay que comenzar sintiendo axiomáticamente:

1.º Fenómenos: todo lo sometido al sentido externo.

2.º La ley sometida al sentido íntimo.

3.º Las leyes inscritas en la *tábula reflexiva*.

4.º La función de legislar la *imperiencia* correlativa con la *experiencia externa*.

Imperiencia y experiencia correlativas. — Experiencia es *práctica externa*, y la práctica externa supone, naturalmente, una práctica interna, ó sea una imperiencia.

Imperiencia suena á *imperio*, á *mando*, y esta consonancia no es sólo *casual*; sino también filosófica.

El sujeto representado por el pensamiento humano, es el que manda, *impera*; porque tiene el privilegio de la más elevada *autonomía*, función práctica que á ninguna otra se somete, como no sea á la que siente como obstinadamente negada á su *saber*; la que no le es dado conocer por más que la haya de *sentir*: la de un Dios ordenador, emperador supremo del Universo.

La imperiencia absoluta es á la experiencia absoluta, lo que un polo á otro polo de la vida; en medio están la imperiencia y la experiencia relativas entre sí: el mandamiento de la ley oriundo de su propia libertad, y la obediencia ó la inobediencia del fenómeno oriundas de la posibilidad de una resistencia, siempre pasiva y subordinada al mandato de la ley.

Impío, *in*, no, *pio*. — El que niega un poder superior impuesto al Universo.

Es impío, igualmente, quien no participa de la función de aspirar al bien.

Quien no es piadoso con los hombres, suele ser impío con Dios; porque no siente ni la pasión, ni la voluntad, puestas de acuerdo para realizar el bien.

Implicar, del latín *im*, en, *plicare*, plegar.—Contener algo oculto dentro de sí. La afirmación, por ejemplo, implica la negación; porque si bien se la siente sólo como afirmación en un momento determinado, el análisis reflexiva establece la negación, como correlativa con toda afirmación; necesitada de su cooperación para ser lo que es, por más que en un momento dado deje de sentirse tal necesidad.

Imponderable.—Cuerpo que no se puede pesar, y como si dijéramos cuerpo que no es cuerpo.

Con semejante contradicción se ha pretendido calificar físicamente ciertos fluidos, entidades metafísicas, hipótesis declaradas imposibles; que, sin embargo, se admiten como posibles, con el intento temerario de explicar por su medio lo inexplicable.

Valiera más que los físicos se contentaran con reconocer funciones donde se empeñan en no ver más que fenómenos y causas experimentales *necesarias*; por más que no se llegue jamás á satisfacer tal necesidad, que sólo existe en el pensamiento de quien la supone.

Imponer, *in*, poner.—Determinar de dentro á fuera, ó de fuera á dentro, un hecho, por virtud legal ó por exigencias fenomenales, de grado ó por fuerza.

La razón se impone á los hechos; los hechos á veces se imponen á la razón. A todo lo definido como fenó-

meno ó como ley se impone lo indefinido.

Importar, *in*, porta.—Llevar introducida alguna cosa dentro de otra.

Cada suceso importa (lleva en sí), más ó menos, algo que influye en el porvenir.

El mal ó el bien de los individuos y de la colectividad dependen siempre en parte de los acontecimientos, importados en el orden común.

Una voluntad firme se sobrepone á menudo á la importación de los acontecimientos.

Así es, que, la *importación* de acontecimientos tiene siempre *importancia* relativa al sujeto á quien se importan, aunque pueda no tenerla para la colectividad individual.

¿Quién sabe lo que importa y lo que no importa á todo el mundo?

No faltará en el mundo alguno á quien no importe ni aun vivir, que es lo sumo que parece, puede y debe importar.

¿Qué le llevan las cosas al individuo? Todo. ¿Y qué lleva el individuo á las cosas? Todo también.

No es, pues, extraño que, llegado el caso en que el individuo lleve nada á las cosas, las cosas lleven también nada para él.

Si el individuo no quiere saber porque sucumbe en su tarea de aprender, y si tampoco quiere vivir porque sucumbe en su tarea de formarse equilibradamente, ¿qué le importa la vida?

Mas de que la vida nada importe á un individuo en particular, no ha de concluir el individuo que la vida nada importa en general.

En general, la vida lo importa todo: 1.º, en el pensamiento de las cosas; 2.º, en las cosas pensadas, como

regidas por el pensamiento y *subordinadas á su dirección*.

Lo importa todo en el pensamiento, porque lleva allí el sí y el no (objeto y sujeto), el qué sé yo (duda y el sí sé yo (dogma); el fenómeno, la ley y la función (dudar y creer). Sentirse el pensamiento como viviente, es sentirlo todo en general.

Imposible, *in*, no, posible.—Nada en el orden fenomenal; todo en el orden infernomenal.

Suele decirse que nada es imposible, que en lo posible cabe todo, y, en efecto, la posibilidad todo lo comprende, excepto la imposibilidad.

Lo imposible en absoluto no se puede realizar, ni, por consiguiente, conocer; pero se *necesita* al menos *sentirlo*, para asentir reflexivamente la posibilidad del orden fenomenal en el mundo, para reconocer las categorías de la razón, ó sea las leyes que hacen la experiencia posible, distinguiéndola de lo imposible.

Imposible matemático.—Dentro de lo *positivo* matemático, es siempre *posible* marchar hacia adelante. Donde comienza lo imposible, es cuando se quiere marchar *matemáticamente* hacia atrás.

Como en Aritmética es necesaria la unidad positiva, no se la puede partir (fracciones de unidad); como en Geometría es necesaria la cantidad medible, no cabe allí lo incommensurable; y como en una y otra ciencia la cantidad ha de ser positiva, no cabe en ellas la negación, traducida como cualidad.

Estos tres escollos, que pueden eludirse progresando, no se pueden eludir matemáticamente; porque el matemático no *retrocede*.

La razón es que, progresando, se utiliza una libertad (la del fenómeno)

que está por delante, y, retrocediendo, se encuentra siempre el límite de esa libertad (la ley) que está por detrás.

De aquí la desarmonía que ha de resultar en la labor filosófica entre matemáticos y lógicos.

El matemático atiende á lo que tiene por delante, y abandona por detrás la lógica por más que la lógica (el logos) sea indispensable para el procedimiento á que se dedica.

El lógico entiende el progreso en sentido *cualitativo*: el del sujeto, negación implícita de todo lo objetivo (matemático), sin perjuicio de servir á lo matemático como base elemental de todos sus procedimientos. El imperio en la vida del pensamiento corresponde á la ley, á lo infernomenal, y es subjetivo, lógico; ideal.

El imperio en la realidad externa es un imperio, subordinado al que ejercita el pensamiento desde el alcázar de su interna representación.

Imposibles prácticos.—Lo son igualmente *pararse* y *retroceder* en el camino de la vida.

En este sentido el *Progreso* es necesario.

Pero el progreso *debería* ser en línea recta.

Lo malo es que á menudo se desvía á derecha ó á izquierda, hacia lo alto ó hacia lo bajo.

Allá á lo lejos se ve á Dios; á lo alto, el cielo; á lo bajo, el infierno, *visiones* perpetuas que no se tocan jamás.

El cumplimiento de la ley de vida demanda un equilibrio, en medio de la inestabilidad que obliga á marchar hacia delante.

La ley se impone por ese Dios que se divisa en lontananza, tan inaccesible al tacto como á la inteligencia humana.

La inteligencia *conoce* los fenómenos; *conoce* la ley impuesta; siente su imposición. No *conoce* ni puede *conocer* el agente autónomo que la impone. En relación consigo misma le llama *yo*.

Impregnación, del latín *in*, en, *præ*, antes, y *genere*, engendrar. — Identificación del germen desprovisto de espíritu, con el espíritu que le informa.

Los cuerpos no vivos se mezclan físicamente y se combinan químicamente; los vivos se impregnan entre sí.

El sér humano impregnado de ciencia, y el sentimiento humano impregnado de espíritu indefinido, originan las grandes creaciones artísticas, morales y científicas.

Impresionar, de imprimir. — Los objetos impresionan al sujeto de muy diversos modos.

Unas impresiones se hacen en los sentidos externos, y otras en el sentido íntimo.

El sujeto se impresiona: 1.º cuando aparece un fenómeno enfrente de él; 2.º cuando brota una generalidad correlativa con el objeto exterior que impresiona; 3.º cuando brota una función, coincidiendo con la impresión originada por el objeto.

La impresión se convierte en percepción; cuando es concebida de acuerdo con la impresión venida de fuera.

La función completa de sentir la impresión del fenómeno, y sentir la generalidad correlativa, se llama sensación.

Estos diversos modos de una misma función, mueven á ásentar que uno, ó todos, sea transformaciones sucesivas en el tiempo; algo que se conserva inmóvil en el espacio (sustan-

cia material), ó en el tiempo (sustancia inmaterial).

Mas todos los *modos* son simultáneos y no hacen más que modificar una sola función, que ha de contenerlos todos instantáneamente, y no disgregados y distintos, sin identidad correlativa.

Imprimir, del latín *imprimere*, acción de apretar. — La función (impresión) que se hace materialmente en un objeto, y la que hacen los objetos en el pensamiento.

El lenguaje acude aquí á representar gráficamente la relación entre las cosas sentidas y el sentimiento de las cosas.

Las impresiones fenomenales son pasajeras, fortuitas; pero la impresión de las leyes categóricas en lo indefinido, es de carácter necesario en el pensamiento.

Improvisar, del latín *in*, y *providere*, ver lo futuro. — El pensamiento es una perpetua improvisación, en cuanto relaciona con lo indefinido las cosas pasadas, renovándolas, ó representándolas en la serie de los tiempos. Se llama, especialmente, improvisación lo relativo á una serie de pensamientos, que se distinguen por algo original y nuevo en su forma ó en su fondo.

Imprudencia, del latín *in*, no, y *prudens*, prudente. — Acto que implica peligro para el bien particular ó general.

A evitar estos peligros en lo posible conduce una madura deliberación; la cual, si á veces nos aparta de lo bueno en general, por temor á un mal individual; sirve siempre para representarnos la generalidad del bien, contraponiéndolo á los intereses personales del momento.

Impugnar, del latín *in*, y *pug-*

nare, pugnar. — Función en sentido contrario á una tesis determinada.

La lógica formal es una serie de impugnaciones, contrarrestada por una perpetua defensa. Carece de principio y de fin, es un círculo perpetuo sin interrupciones correlativas. Por eso no es viviente.

La impugnación teórica es inacabable; la práctica se resuelve y concluye cuando la apremia la necesidad urgente de un hecho actual.

Impulso, del latín *impulsus*. — La fuerza que se comunica á un cuerpo relativamente inerte. El que recibe pasivamente el impulso le puede comunicar á su vez con relativa actividad. El impulso primitivo es el de la espontaneidad, representada por los séres vivientes.

El impulso primero de toda vida particular es el que se concibe en general como Creación del Universo.

Mas ha de tenerse en cuenta, que para dar impulso á algo, se hace preciso haberlo creado previamente, lo cual equivale á exigir para cada creación que se conciba una creación más elevada en serie indefinida sin término posible.

Impureza, *in*, pureza. — Negación de pureza, la cual es á su vez otra negación.

Ambas negaciones han de ser relativas; absolutas no serían concebidas.

La pureza puede negar toda mezcla de elementos extraños á un objeto dado; mas no puede extenderse á los elementos relacionados por necesidad con tal objeto.

Se habla de las impurezas de la realidad; pero la realidad tiene impurezas accidentales, y una impureza necesaria; la de no dejarse concebir sola ó pura, sino relacionada con la idea.

Y esta impureza necesaria alcanza también á lo que se llama idea enfrente de la realidad.

Imputar, del latín *in*, en, y *putare*, juzgar. — Como el juicio es libre, se imputan cantidades y cualidades, unas veces con verdad relativa y otras sin ella.

Guardémonos de imputar en absoluto lo bueno ni lo malo. Pensándolo bien, siempre hay restricciones que procede tener presentes, y que á nadie deben ofender; atendida la necesaria imperfección humana.

Inacción, *in*-acto. — Descanso relativo. La acción es tan necesaria para la vida, como la pasión. Hasta en las cosas no vivas aparece, fenomenalmente representada, la actividad que en un orden superior pertenece á los séres vivientes.

El mundo inorgánico es inactivo (inerte), respecto del organizado, sus acciones terrestres y planetaria (particulares y general), son relativamente pasivas; pertenecen todas al elemento *acto consumado* de aquella función, cuyo otro elemento es la potencia, constituyendo entre ambos factores la noción completa de la fuerza. Los cuerpos vivientes son siempre activos relativamente á los que no viven; porque ellos solos devuelven como ley lo que el cosmos inorgánico les da como fenómenos: la relación común con lo indefinido. La posibilidad vagamente ejercitada en todo lo simplemente fenomenal constituye en la experiencia externa, una potencia relativa que es la potencia mecánica, de la cual emanan actividades propias del orden inorgánico subordinadas á las del viviente.

Los cuerpos inorgánicos aparecen inactivos en los casos particulares en que no se los ve participar de la acción

interplanetaria ó de las acciones terrestres, ambas de condición pasiva; ó de acciones particulares venidas de los seres vivientes, y en último extremo, de la *casualidad*; forma especial que ante el criterio humano toma en lo inorgánico el coeficiente indefinido.

Inaccesible. *in-acceso.*—Aquello á que no se puede llegar.

Ningún hombre ha podido llegar al principio ni al fin de las cosas. Ni aun le es dado asistir al principio y al fin de sí mismo. Sólo puede imaginarlo.

El fondo del sentimiento es inaccesible; es un abismo que todo lo traga. La función de sentir nada devuelve, sino transformado en objeto, real ó ideal. Cualquier fondo supone mayor profundidad en cuanto llega á objetivarse. Cualquier reflexión, en cuanto se objetiva en absoluto, devuelve muerto el sentimiento que la animaba. El análisis reflexiva se hace siempre sobre un cadáver, si no se reintegra la reflexión con el fondo *subjetivo*, inaccesible en teoría, mediante una práctica correlativa (sentimiento).

Inalienable, del latín *in*, no, y *abiens*, ajeno.—Lo que no se puede renunciar, apropiándose otro.

No se puede enajenar la ley, la generalidad correspondiente á cada cosa en particular. Sólo pueden enajenarse elementos fenomenales de la propiedad de un individuo.

La vida es la propiedad más indispensable; nadie la puede enajenar ni en conjunto, ni en ninguno de los elementos necesarios para realizarla en general.

Inalterable, *in*, no, alterable.—No se altera en cada función viviente lo que no se puede enajenar: un elemento negativo único, otro po-

sitivo único también, y algo que relacione los elementos positivo y negativo.

Inamovible, *in*, no, movible.—Lo que no se puede movilizar.

Todas las cosas son amovibles, porque todas pueden estar, y están efectivamente, en movimiento; pero hay algo inamovible, y es el sujeto que siente, mientras siente, y relativamente á todo lo que siente.

Fuerza es, sin embargo, que el sujeto del sentimiento se considere movable en otras relaciones, puesto que aparece y desaparece en momentos determinados, y hasta en un mismo momento desde diversos puntos de vista.

El sujeto del movimiento aparece en contacto inmediato con los objetos movidos; los cuales le prestan relativa objetividad, y desaparece en el sentido opuesto, hundiéndose en el abismo del no ser. De este abismo sale y á él es devuelto en una serie de cambios; que, si bien excluyen el movimiento objetivo ó externo, suponen ese movimiento íntimo, que relaciona una diferencia con otra, ó todas con ninguna y *viceversa*, en el orden específico.

Se supone en teología que el amor de Dios es inamovible en el pensamiento, que no se puede perder, y así es en efecto. O el amor en general es palabra vana, y la filosofía inherente á su concepto es un *mito*, ó el amor de Dios se halla implícito en la vida del pensamiento.

Bajo una ú otra forma, y aun cuando sea en una forma que pueda llamarse teóricamente informe, hay un amor fundamental á lo indefinido, que se testifica viviendo y amando *prácticamente* la vida misma que testifica *en teoría*.

Inaugurar, del latín *in*, y *augurare*, augurar.—Iniciar algo con cierta solemnidad, como relacionado con lo divino y superior á la inteligencia humana.

Todos inauguramos la vida cuando nacemos, y los padres solemnizan el nacimiento de un hijo.

También se inaugura un ejercicio intelectual, y hasta el uso de un templo ó de otra cosa importante.

La inauguración del cosmos en que vivimos, de nuestra *casa grande*, es lo que al hombre está vedado presenciar, porque al querer inaugurar el cosmos, le hallaría, inevitablemente inaugurado ya.

Incertidumbre, *in*, no, certidumbre.—La certidumbre se niega en la función misma en que se afirma; puesto que en el hecho de afirmarse, se incluye á sí propia en el catálogo de los posibles, y no de los necesarios á todo trance. Hay, pues, incertidumbre posible lo mismo que certidumbre, y una y otra son siempre casos particulares de una función común.

La incertidumbre es la duda, y entre ella y la certidumbre cruzan en la práctica racional la creencia y la incredulidad.

Incesto, del latín *in*, y *castus*, casto.—Es la castidad un límite de la función generativa; porque el fin ideal de la generación es la conservación y perfeccionamiento de la casta.

En lo vegetativo y lo animal se apetece la buena casta, y hasta en el lenguaje se recomienda lo *castizo*.

En la función generatriz del hombre ha de prevalecer también la castidad, y sobresale eminentemente en la función moral.

La falta de castidad es *incestuosa*,

cuando llega al extremo, en la extirpe humana, de cometerse entre individuos de una misma familia, entre hijos y padres, ó entre hermanos.

También se concibe un incesto filosófico, que consiste en amar y engendrar ciencia dentro de un polo aislado de la vida del pensamiento. Un polo aislado supone negación del polo correlativo, y donde no se distinguen dos polos que representen al padre y á la madre, preciso es que los hijos se engendren cohabitando en ellos el hijo con la madre y la hija con el padre. Afortunadamente, tal incesto no es lícito, ni común, en la práctica humana, por más que se cometa á menudo en la vida abstracta del pensamiento.

Incitación, del latín *in*, en, y *ciere*, mover.—Acción de algo externo, constituyendo una especie de sexo, contrapuesto al sexo individual de un ser vivo. Este no recibe la incitación pasivamente, como el ser físico ó químico, sino que responde siempre con su espontaneidad característica.

El ser no vivo carece de espontaneidad; corresponde exactamente al incitante y á la ley experimental de la función.

Inclinación, voz derivada del latín.—Comienzo de negación de una distancia, que prepara y favorece la realización de un hecho.

Las inclinaciones pueden ser materiales y morales. La inclinación moral es afectiva, y acorta la distancia ideal hacia un determinado fin, como la inclinación de un edificio acorta la distancia de su conservación á su destrucción.

Inclusa, de incluir.—Inclusa es el albergue de los niños expósitos.

Un sistema filosófico inclusivo, es

el albergue de los expósitos del pensamiento.

Quien ha depositado los expósitos con el nombre de sistemas, es la historia filosófica.

El hombre es un expósito en el mundo que habitamos, el cual es nuestra inclusa.

El hombre no conoce más, y esto no siempre, que á su padre y á su madre carnales.

En cuanto á su padre y á su madre espirituales no los conoce, ni los puede conocer en este mundo positivo. Solamente los presiente en el mundo negativo, en lo ideal, realizable en *remoto porvenir*.

La idea de esta paternidad y maternidad primarias, es la de la creación.

Por lo demás, esta idea, como todo lo que excede á los límites humanos, es idea negativa, mística. Misterio necesario é inexcusable, que atrae al hombre como una estrella en cielo obscuro, alejándose á la par; sin que pueda alcanzarla por más que ponga en ello toda su buena voluntad.

La *creencia* en la *generación*, la vida, de polos infranqueables; pero de centralidad ejercitada de todos los modos posibles, es el único desenlace de este nudo, que aprieta la garganta del hombre amenazando estrangularle.

Inclusión, del latín *in*, en, y *claudere*, cerrar.—Función de encerrarlo todo dentro de límites determinados.

Semejante función es de suyo indeterminada; pues de lo contrario, si realizara completamente su fin, realizaría su propia muerte, dejando para siempre de incluir algo más.

El fin completamente realizado es el término *definitivo* de la función que le realiza.

El único método inclusivo legítimo es el viviente, que cuanto define é incluye por un lado, lo indefine para regenerarlo por otro.

Incoercible, del latín *in*, privación, y *coherens*, coherente.—Lo que no se puede limitar físicamente.

En este sentido, la voluntad y toda función del pensamiento y del sentimiento son incoercibles.

Inconscientemente han dicho los físicos una gran verdad al consignar en la naturaleza flúidos incoercibles.

Con mayor conciencia de su propio pensamiento, hubieran comprendido que así decían flúidos que no son flúidos, que son imaginaciones de algo, que nos convendría para explicar *mecánicamente* lo que sólo se explica como cambio cualitativo en los cuerpos inorgánicos.

Incógnita, del latín *in*, en, y *cognita*, conocida.—Despejar incógnitas es toda la labor matemática. Desde la más simple fórmula aritmética $1 \times 1 = x$, hasta la más complicada de la geometría analítica y de la mecánica racional, todas se refieren al sencillísimo tipo de la primera.

Mas conviene advertir que hay incógnitas cognoscibles, é incógnitas incognoscibles. Las matemáticas no pueden proponerse despejar más que las incógnitas cognoscibles, no las incognoscibles. Pero aun en este camino tienen lo suficiente para hacer los cálculos más complicados y para demostrar al menos que llegan á aproximarse indefinidamente á una complicación indefinida.

Las matemáticas hacen así un análisis teórica, despejando incógnitas cognoscibles dentro de su propio organismo, y suponiendo una incógnita

incognoscible en una función superior.

Al análisis cuantitativo, disección anatómica del cuerpo del pensamiento cuantitativo, falta, no sólo la síntesis cuantitativa incognoscible, sino también otra síntesis, la cualitativa, y la relación práctica de ambas, que inicia el estadio viviente.

Así resultan, en lugar de una sola incógnita incognoscible con que luchan las matemáticas, otras dos relacionadas intimamente con ella, la incógnita cualitativa y la incógnita propia de la función común.

En suma, tres incógnitas que se refunden en una sola reproducida constantemente en la función de funciones que se llama vida.

La fórmula $1 \times 1 = x$, es analítica como quiere Renouvier, si x significa sólo incógnita cognoscible.

Mas en este caso desaparecen la incógnita incognoscible y resultan baldíos los esfuerzos hechos para someter en lo posible al cálculo hasta *el cero y el todo cuantitativo*, recusados como imposibles matemáticos.

Suponiendo, además de la x cognoscible, una x incógnita incognoscible como lo es siempre el fondo común de todas las funciones comenzando por la de pensar, la fórmula citada resulta sintética como quiere Kant.

La explicación de esta divergencia está en que Renouvier sólo considera *números contruidos*, positivos, y no se eleva bastante á la construcción en el pensamiento del concepto numérico.

La incógnita incognoscible de las matemáticas es recogida en el asilo lógico, donde se reproduce en forma de universalidad; y el último refugio de la universalidad (incognoscible de segundo grado), excluida de la teoría

lógica, es la práctica, que la recoge dentro de la vida del pensamiento, por más que sea en un fugitivo instante, en un presente condicionado por lo pasado y por lo futuro.

Para que haya pensamiento se necesita sujeto que piense, y este sujeto ha de ser uno, particular, última diferencia. Así se le siente sin conocerle, como condición de pensar algo, como incógnita necesaria universal; incógnita incognoscible, á la cual se agregan incógnitas posibles, eventuales, susceptibles de ser despejadas.

Incoherencia, del latín *incoherens*.—Falta de relación entre las partes de un cuerpo. En sentido análogo se ha hablado de incoherencia de ideas.

La relación nunca falta ni entre las ideas ni entre las partes de un cuerpo inorgánico; pero es *incoherencia* relativa la que no se adapta á un tipo ideal de coherencia.

El agua, por ejemplo, es incoherente, si la comparamos con un sólido, y coherente si la comparamos con un gas. Las partes del sólido se dispersan en el agua, las de ésta en el gas, y las del gas en el vacío.

La incoherencia del agua se limita exteriormente por el sólido en cualquier forma; y su coherencia se limita por el gas encerrado dentro de ella en forma esferoidea; bajo esta misma forma es limitado el gas por el agua que tiene fuera de sí.

El aire, como el espíritu, impulsa de dentro á fuera, hasta que hace estallar la *coherencia* del sólido; así como este último impulsa, *comprime* de fuera á dentro.

El agua es un término medio que impulsa y es impulsada, que hace *incoherentes* (diluye) los sólidos, y *coherentes* (absorbe) los gases.

Incompatible, *in*, no, compatibilidad.— Son incompatibles los intransigentes.

La *transacción* los hace compatibles, y suprimida ésta tornan á su incompatibilidad. Así resultan contradictorios ó absurdos teórica ó analíticamente los mismos extremos de donde todo se deriva experimental ó prácticamente.

Inconsciencia, *in*, no, conciencia.—Negación de conocimiento.

El conocimiento es el sentimiento en particular, relacionado con otro sentimiento relativamente general. La función en que se realiza este conocimiento es la conciencia.

Puede, pues, haber inconsciencia, sin faltar en absoluto el sentimiento íntimo, la función del yo simplemente realizado, aunque su realización sea inconsciente desde el punto de vista del análisis de sí propio.

A veces, por ejemplo, me propongo escribir una palabra, y no sin alguna sorpresa, veo que mi mano escribe otra que antes ó simultáneamente había pensado, resultando así un hecho de auto-sugestión, ó sea de inconsciencia particular, sin que se haya eclipsado en manera alguna el sentimiento de mi personalidad. Mi análisis consciente ha faltado en este caso á la función de mi mano bajo la presión de lo inconsciente.

El instinto del animal es de continuo lo que en el hombre la inconsciencia pasajera y parcial. En aquél aparece constantemente y en forma de ley lo que en el hombre se reduce á fenómeno accidental.

No debe causar maravilla que el instinto haga por regla general el bien para la vida, porque también lo hace á menudo la planta, que hasta

carece no sólo de conciencia, sino de sentimiento irreflexivo.

Todo el secreto estriba en que la vida, bajo cualquiera de sus formas al hacer el fenómeno, hace también la ley; y á no faltar la vida, no puede faltar tampoco el cumplimiento, más ó menos exacto, de la ley que lleva en vuelta en sus entrañas.

Inconsciente, *in-con*-sciente.—El que, sin tener conciencia de sí propio, se hace objeto de otra conciencia.

Sin una conciencia de sí propio ¿qué sería del inconsciente?

Lo mismo, sin duda, que sería de un objeto, de quien nadie tuviera, ni *podiera tener*, conciencia.

En este dilema estamos encerrados: conocer para ser, ser para conocer.

Conocer para ser se ha formulado de distintos modos.

Cogito ergo sum, dijo Descartes, y con igual razón pudiera decirse: *Sum ergo cogito*.

Sustancia con sus modos dijo Espinosa.

Fenómeno y ley, dijo Renouvier, añadiendo además función.

Funciones positiva y negativa en un organismo común, que relacione el polo ser con el no ser, el eficiente definido con el coeficiente indefinido, dice la ciencia viviente.

Queda lo inconsciente puro: el mismo coeficiente, indefinido, en teoría, que se define en la práctica del pensamiento humano.

Inconstante, del latín *inconstans*.—Lo que no está absolutamente y *sin variar*, clavado al parecer en un espacio.

Como todo en el mundo está en el espacio *relacionado* con el tiempo, nada puede llamarse absolutamente

constante. Hay, sin embargo, constancias relativas, muy dignas de ser tomadas en consideración.

La constancia de lo representado en el espacio y la constancia de la sucesión en el tiempo, llegan á convertirse en certidumbres.

Inconsútil, del latín *in*, negación, y *sutura*, costura.—Sin sutura se ha dicho que era la túnica de Jesucristo; sin sutura se concibe la *continuidad* en el espacio: lo que exige sutura (síntesis intermedia), es la relación del espacio con el tiempo.

Incontinencia, *in*, no continencia.—Cualidad de no contener.

Se ha discutido por los filósofos si la libertad humana está ó no contenida en alguna otra cosa. No sería libertad, si de algún modo no estuviera libre de todo género de prisión. La ley que la condicione, como la sombra al cuerpo, se halla tan lejos de contenerla, como la libertad de contener la ley. El consorcio de estos elementos no es tiranía de uno de ellos, es transacción beneficiosa y fecunda.

Incorpóreo, *in*, no cuerpo.—Lo que no tiene cuerpo.

Si se llama cuerpo á un *objeto exterior* brota la posibilidad de algo incorpóreo, y que, sin embargo, sea *objeto interior*. Ambos objetos son idénticos en cuanto objetos; lo que distingue al cuerpo es simplemente la exterioridad, la cual no le da carácter absoluto, sino simplemente relativo. El objeto exterior es fenómeno, el interior ley.

Incorruptible, del latín *incorruptibilis*.—Lo que no se puede corromper; lo que no puede romper el enlace de sus elementos, por ser un elemento simple; la llamada *sustancia elemental*.

Con decir que la sustancia elemental es el *espíritu puro*, lo *indefinido puro*, se demuestra que no cabe en él rotura entre las partes, puesto que no las tiene; pero se demuestra, asimismo, que al relacionar el espíritu, que teóricamente es puro, con la práctica correlativa, que necesariamente le impurifica, pierde en el acto mismo la supuesta incorruptibilidad.

Increado, del latín *increatus*.—Lo increado en absoluto no se refiere á cosa alguna, y, por lo tanto, no se puede concebir tampoco respecto de cosa alguna.

Lo increado, en relación con lo presente, es lo futuro: en relación con lo futuro, es lo teóricamente indefinido, y lo que prácticamente se experimenta como coeficiente perpetuo, así de lo real idealizándolo, como de lo ideal reflexionándolo, ó sea idealizándolo en grado superior.

Incredulidad, *in*, no, creer.—Fase de la función intelectual, que tiene por factores el saber y el no saber, y por términos medios el creer y el no creer.

Hay un no creer puramente suspensivo del creer, que permite la indecisión y la duda; y otro no creer, dogmático, que afirma, á su vez, no ya sólo la ignorancia, sino la inexistencia de lo que no se cree.

Esta última incredulidad es contradictoria, puesto que para *saber* la inexistencia de *algo*, hay que saber ese *algo* cuya existencia se echa de menos.

Increible, del latín *incredibilis*.—Nada es increíble, ni el absurdo mismo, puesto que son muchos los creyentes en conceptos, absurdos cuando se los analiza á la luz de la razón.

La incredulidad, sin embargo, es